

SOBRE LA TOLERANCIAⁱ

El texto que reproducimos a continuación, citado en distintas publicaciones pero del que no conocemos el autor, ha sido el punto de partida de nuestra reflexión, por escrito, *sobre la tolerancia*. Es un texto bien expresivo; dejemos que nos “hable”;

*“Tu escritura es latina. Tus cifras, árabes.
Tu coche alemán. Tu ordenador, americano.
Tu pizza, italiana. Tu democracia, griega.
Tu café, brasileño. Tus vacaciones, turcas.
Tus alfombras, persas. Tu té, ceilandés.
Tu cámara, japonesa. Tu perfume, francés.
Tus electrodomésticos, europeos. Tus refrescos, caribeños.
Tus safaris, africanos. Tu güisqui, escocés.
Tu oro, sudafricano. Tu cacao, senegalés.
Tu cuero, argentino. Tus modales, ingleses.
Tus manteles, portugueses. Tu incienso, hindú.
Tus puros, cubanos. Tu porcelana, china.
Tu gato, siamés. Tu perro, siberiano.
Tu acuario, tropical. Tu petróleo, kuwaití.
Tu reloj, suizo. Tu marfil, congoleño.
Tu sauna, finlandesa. Tus siestas, españolas...*

Y tu vecino... ¿un despreciable extranjero?”

Y he aquí nuestra reflexión, a la que os invitamos a unir la vuestra:

Dignidad y simpatía

Recuerdo el asombro gozoso que me produjo saber – no me acuerdo por qué vía – que, en su origen, las palabras *simpatía* y *compasión* poseían un significado común en dos lenguas diferentes, griego y latín. El concepto al que hacían referencia era algo así como comunidad de ánimo; el acto de sentir igual que otro.

En nuestro idioma no utilizamos estos vocablos indistintamente, hoy no son sinónimos, si es que alguna vez lo fueron; sin embargo *compasión* y *simpatía* juntas resuenan dentro de mí como una gran pareja: la *simpatía* trae con ella una sonrisa, un ofrecer la mano cálidamente, una cercanía que facilita el estar a gusto y el profundo descanso. Por su parte, la *compasión* me evoca un corazón tierno y abierto de par en par para recibir a los otros dónde y cómo los encuentra, con toda su realidad, con compromiso y verdadero interés. Sí, para mí *simpatía* y *compasión* forman una gran pareja muy humana.

Otro recuerdo incompleto. Leí, creo que fue en *Persona a persona*, pero no podría asegurarlo, un fragmento de la historia de un hombre que me dejó huella. Disculpad las inexactitudes, pero paso a relatarlo tal como quedó impreso en mi memoria. El hombre en cuestión, me parece que era indio, poseía una asombrosa cualidad en su mirada. Cuando alguna persona se dirigía a él en tono de superioridad, de arriba a abajo, tratándole como a un inferior, este hombre posaba sus ojos en quien se engrería, con tal comprensión, hondura y amor, que el otro recuperaba su humanidad, descendía y se situaba de igual a igual. Por otro lado, si alguien le miraba desde abajo, humillándose ante él, achicándose en su presencia, el hombre dirigía la mirada a sus ojos con tanto respeto, fe y amor que la persona se alzaba en su dignidad y se erguía hasta que ambos alcanzaban la misma altura, de igual a igual.

Aquí y ahora estos dos recuerdos se me presentan y avivan para unirse en un deseo ardiente, en una aspiración que los conjuga: el anhelo de llegar a tener una mirada verdaderamente humana, compasiva y llena de simpatía, una mirada que porta en sí misma la igualdad y la dignidad para los otros y para mí.

Cuando paseo por el centro de Zaragoza constato que el paisaje urbano ha cambiado mucho desde que vine aquí hace más de treinta años. Entonces Zaragoza, era una ciudad uniforme. Hoy, en la plaza de Basilio Paraíso, en los porches del Paseo de la Independencia y en otras partes abundan las personas llegadas desde lugares remotos, desde otros continentes, que a veces improvisan sus tenderetes en la calle. Su instalación, sin duda, no ha sido tan sencilla como fue la mía.

Si alguna vez la guerra, la catástrofe, la opresión o simplemente el hambre, me obligaran a abandonar mi tierra, a alejarme de mi familia, de mis amigos, de mi gente, y a partir quizás hacia el otro extremo del planeta, a un lugar distinto y distante en donde la cultura, la lengua, el clima, los colores, la raza, los olores y sonidos, todo o casi todo me resultará nuevo y diferente, agradecería - ¡y cómo! - ser mirada por unos ojos que por encima de todo me reconocieran en mi dignidad humana, de igual a igual, y me envolvieran con su compasión y simpatía.

Más allá de la tolerancia: amar la diversidad

Hace tiempo leía, en una novela, una de esas frases que quedan resonando, que de alguna forma son una luz más, y a la vez la única, para nuestro interior y nuestra vida: *“La tolerancia no es otra cosa que la inteligencia del alma. Deseo para (...) los siglos futuros la inteligencia del alma”*.

Una forma bella y certera de expresar y desear la tolerancia y con la que puedo decir junto a muchas otras personas: sí, deseo, deseamos para todos los hombres y mujeres, para todos los pueblos del mundo, de ahora y para siempre, la inteligencia del alma:

- lo deseo, lo deseamos para nuestros pueblos y todas las realidades humanas, para nuestro mundo tantas veces y en tantos lugares muy lejos de la tolerancia, enfrentado por ¿motivos? religiosos o étnicos, por nacionalismos o ideologías, por formas de entender las pequeñas o grandes cosas;
- lo deseo para mí, para cada una y cada uno de nosotros, los que no queremos ese mundo intolerante pero caemos en la intolerancia diaria con aquellos que convivimos porque tienen (siempre son ellos, como si la diferencia no fuera una situación de reciprocidad) puntos de vista, opiniones, preferencias, decisiones, costumbres... distintas a las nuestras.

Deseo de tolerancia que, si es auténtico, nos exige cuidar cada día que la inteligencia de nuestro corazón se amplíe, sepa mirar lo diferente y hacerle en nuestro interior un espacio de reconocimiento, de admiración, de acogida y respeto...

Desde aquí y por ello:

- uno mi voz a la de tantas personas y grupos que una y otra vez toman las armas de la paz y la tolerancia frente a tanta forma de intolerancia y violencia, y claman, con su palabra y con su vida, por un mundo para todos;
- digo mi dolor por los “pequeños” y grandes actos de intolerancia que nos separan;
- confieso y siento mi contribución a ese mundo de intolerancia;
- y, renuevo mi compromiso y mi deseo de colaborar al despliegue de esa tolerancia que es “la inteligencia del alma”, hasta que conduzca aún más allá, a percibir y amar la riqueza que forma parte esencial de nuestras diferencias.

Para terminar, otro texto:

“Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo, si su religión no era como la mía. Ahora mi corazón se ha convertido en un receptáculo de todas las formas: es pradera de gacelas y claustro de monjes, templo de ídolos y Kaaba de peregrinos, Tablas de la Torah y Pliegos del Corán. Porque profeso la religión del amor y voy a donde quiera que vaya su cabalgadura, pues el amor es mi credo y mi fe”.

(Ibn Arabi, místico musulmán sufí. Murcia, s. VIII. Citado en *Mujeres, diálogo y religiones*, Bilbao, 99).

Carmina García Herrero

ⁱ Este artículo fue publicado en el Correo PRH de enero 2001.